

SERVICIO DE INFORMACION INTERAMERICANO

Disciplina y Libertad

EL fascismo va cobrando más importancia de la que solían atribuirle hasta hace poco sus mismos partidarios, favorecido como se encuentra por las actuales condiciones en que vive Europa; y tanto más por que cuenta, al parecer, con abundantes y convincentísimos medios pecuniarios para sostener su propaganda, la cual cae en el campo fértil y propicio de los espíritus estragados por la guerra. El fascismo se parece a la santa alianza de hace un siglo, con la diferencia de que sus jefes, en vez de ser los monarcas absolutos de cien años atrás, son los magnates industriales y los patriotas nacionalistas de nuestros días. Como antaño a los viejos reyes, aterrados por la furia de la revolución, a los nuevos amos del mundo occidental los desazona y consterna la palabra libertad. Nada menos que Benito Mussolini, el condotiero de camisa negra, sumo sacerdote del fascismo, dictador de Italia, proclama categóricamente en la revista fascista *Gerarchia*, que la libertad es el gran peligro, el gran error y el gran crimen del género humano, y que cuando desaparezca de la faz del planeta todo rastro de libertad y todo anhelo de conseguirla, habremos llegado a la tierra prometida, regada por arroyos de leche y miel. «Todos cuantos no estén ofuscados por el dogmatismo» — escribe — «se dan cuenta de que los hombres están cansados de la libertad».

Mussolini escribió ese artículo de *Gerarchia* para refutar ciertas opiniones liberales promulgadas recientemente en *Corriere della Sera*. Mussolini dice que el liberalismo no es la última palabra en materia de gobierno, y que si bien es cierto que a las gentes del siglo pasado les parecía el liberalismo cosa excelente como doctrina política, hoy es ya inútil y aun pernicioso. «Los sucesos del período posterior a la guerra» — dice — «denotan el fracaso del liberalismo. Se ha demostrado, en Rusia y en Italia, que es posible gobernar lejos, por encima y contra los ideales liberales». ¿Los sucesos del período posterior a la guerra sólo? Siglos enteros de historia asiática atestiguan lo mismo, y casi toda la historia de Europa, hasta el siglo diecinueve, es la historia del despotismo minuciosamente organizado, del despotismo que, al través de una larguísima experiencia de centurias, fracasó en sus aspiraciones de darles a los pueblos no ya felicidad sino tranquilidad y orden, a fin de poder gobernar despóticamente en paz. Ahora, después

de un breve ensayo de libertades, no muchas ciertamente ni muy amplias, se declara que la libertad, esa libertad precaria y mezquina, tiene la culpa de los desastres que afligen a Europa. Porque ni el comunismo ni el fascismo, los dos polos políticos de hoy, quieren nada con la libertad. El dictador de Italia opina, naturalmente, que la libertad no es un fin sino un medio, un medio para alcanzar, o contribuir a alcanzar la «felicidad de los pueblos»; y da por sentado que ese medio fracasó ya, sin percatarse de que nunca se le empleó en todo lo que conocemos de la historia. Para él la libertad no es la doncella casta y severa por la cual lucharon y sufrieron las generaciones del siglo diecinueve: «otras palabras ejercen mayor fascinación sobre los jóvenes intrépidos y turbulentos que asisten al amanecer de una nueva historia: esas palabras son orden, jerarquía y disciplina». Parecen esas palabras de un periodista oficial de ciertos países de nuestra América. El es, por supuesto, el gran ordenador, el gran jerarca y el gran sargento de Italia. «El fascismo», — añade — «no tiene miedo de declararse iliberal y antiliberal. Ha pisoteado ya, y volverá a pisotearlo, si es menester, el cadáver podrido de la diosa libertad». Más claro no canta un gallo, y los defensores del fascismo tendrán que renunciar ahora a las vagas y confusas declamaciones en que prorrumpen cuando se les tacha de liberticidas. Tenemos que reconocer que Mussolini no es hombre de hipocresías, virtud rarísima en un político de profesión.

Lo malo es que sea un dictador quien declare que la libertad es un cadáver pestilente. Aunque no todos tienen la audacia de divulgarlo, ese es el credo de todos los dictadores. Mussolini, como dictador, tiene que alegar que ningún gobierno subsiste por el consentimiento de los gobernados si no apela, para sostenerse, al empleo de la fuerza. La fuerza es, pues, el origen y el sostén legítimo de los gobiernos. Pocas veces se había declarado con mayor arrogancia el desprecio por la opinión del pueblo, el respeto de la cual es uno de los artículos de fé del siglo diecinueve. Estas palabras, que anuncian a los presuntos esclavos la inauguración de la servidumbre, han sido repetidas con entusiasmo en varias partes del mundo. Pues lo que asusta no es que Mussolini lo diga sino que haya muchedumbres que aplaudan. Se han dado casos en que las multitudes clamen por las

cadenas de la esclavitud como la mayor bendición de los cielos propicios. Tal sucedió en España bajo el «deseado» Fernando, contra el cual combatieron los hispano americanos hace un siglo. Eso que Mussolini ha proclamado, con franqueza que hay que agradecerle, es la verdad viva que late en el corazón de muchos hombres de hoy. Los extremos se tocan; y, así como el dictador italiano, los revolucionarios rusos reniegan de la libertad, con la diferencia de que los rusos no la consideran como un cadáver putrefacto y declaran que la dictadura comunista es un paso previo, indispensable para alcanzar la libertad: siguen considerando la libertad, no como un medio, sino como un fin, como algo sin lo cual son imposibles o precarias la dicha y la civilización del hombre. Para Mussolini y para todos los fanáticos antiliberales de hoy día, los fines últimos de la humanidad son el orden y la jerarquía.

Se dice que los pueblos de Europa están ahitos de libertad. ¿Dónde y cuándo se hartaron? El siglo XIX, contra el cual se lanzan ahora befas y maldiciones, no fué un siglo de libertades sino un siglo de lucha por la libertad. Luchas en toda América y en Europa. La guerra de 1914 fué en cierto modo una guerra por la libertad. Muchos de los que alguna vez defendimos a las potencias aliadas lo hicimos porque creíamos que el triunfo del imperialismo alemán, con su «orden» y su «jerarquía», significaba sin remedio el orden por la fuerza y no por la libertad, la inmolación del individuo al estado, la disciplina de Europa y quizás del mundo bajo el látigo de unos cuantos malvados y de unos idiotas que se decían representantes de Dios. No sospechamos que el espíritu absolutista y kaiserista triunfaría de todos modos. Porque a lo que asistimos es a la victoria de lo que llamábamos el espíritu prusiano, el espíritu que, ahora triunfante, se apresura a erigir absolutismos rencorosos sobre las ruinas que sembró la guerra. ¿Cómo puede cansarse la humanidad de una cosa que no ha probado nunca? No hubo en todo ese siglo XIX libertad bastante para calmar la sed de un solo esclavo. El alegato de Mussolini es falaz. Tal vez los pueblos estén fatigados de los sobresaltos, de las violencias, de los sacrificios aparentemente inútiles en la lucha por la libertad, y por eso se acogen transitoriamente al despotismo o lo toleran, pero eso no quiere decir que haya muerto en definitiva la aspiración perenne del hombre a ser libre.

No: la libertad no cansa, y en eso se diferencia de la esclavitud. Es cierto que los amos jamás se fatigan de ser amos; pero los siervos sí se cansan de